

La imaginación, lo fantástico y la ética en *El hombre de las ruinas...* (1869), de Francisco Javier Salazar Arboleda

FLOR MARÍA RODRÍGUEZ-ARENAS

Colorado State University-Pueblo

RESUMEN

Esta novela corta de Salazar Arboleda pertenece al Realismo en transición hacia el Naturalismo; pero, a la vez, enlaza tanto con la novela gótica inglesa del siglo XVIII, como con el cuento fantástico prevalente en la primera mitad del siglo XIX en Francia y Alemania. El cambio de tipos narrativos dentro de la historia que se relata: novela histórica-novela psicológica-novela fantástica-novela ética muestra la forma en que las literaturas europeas eran asimiladas, adaptadas e innovadas durante el siglo XIX en la narrativa ecuatoriana; pero también la manera en que la novela era un vehículo de difusión ideológica.

PALABRAS CLAVE: Naturalismo, novela psicológica, novela ética, lo fantástico.

SUMMARY

This short novel by Salazar Arboleda fits right in between the transition from Realism toward Naturalism; but at the same time it ties in with the 18th century British Gothic novel, as well as the French and German fantastic tales prevalent during the first half of the 19th century. The exchange of narrative type within the narrated story: historical novel - psychological novel - fantastic novel - ethic novel shows the ways in which European literatures were assimilated, adapted and innovated during the 19th century in Ecuadorian narrative, and also the way in which the novel was a means to propagate ideology.

KEY WORDS: Naturalism, Psychological Novel, Ethical Novel, The Fantastic.

DURANTE EL SIGLO XIX, los intelectuales de Ecuador efectuaban una búsqueda de lo que los caracterizaba y definía como ecuatorianos. Entendían que para poder alcanzar lo que se proponían, debían lograr establecer los parámetros de un discurso regional, primero, y nacional, después, para crear un imaginario cultural de identidad con el que se identificaran. De esta manera, representaron mediante la escritura los aspectos que marcaban y condicionaban la nacionalidad y aquellos que podrían modificarla y modernizarla; comenzando a esclarecer de forma específica las situaciones discursivas y sociales desde las cuales emergía, con todas sus complejidades y limitaciones, un espíritu crítico independiente que instalaba de manera concreta, aunque embrionaria, nuevos lugares de enunciación y de reconocimiento en los que configuraron el funcionamiento del campo literario ecuatoriano.

En esa sociedad del siglo XIX de Ecuador, la política del momento mostraba formas de contacto y articulación con la religión. Al reconocerse el territorio jurídicamente como República, en la Constitución de 1830, se dispuso que la religión católica fuera “la religión del Estado” y el gobierno se comprometió a “protegerla con exclusión de cualquier otra”. Tal preponderancia alcanzó esta situación que en la Constitución de 1869, en el artículo 10o. se exigió la condición de ser católico para poder ser ciudadano. Aunque la Iglesia, como institución, controló el espacio de la ideología dominante en los países hispanoamericanos hasta bien avanzado el siglo XIX, “en el Ecuador esta realidad fue todavía más persistente que en otros lugares de América”.¹

Además, en 1869 había comenzado la segunda presidencia de Gabriel García Moreno (1a. 1859-1865; 2a. 1869-1875). El período garciano se caracterizó por una fuerte intensificación de los conflictos políticos; puesto que los líderes liberales y conservadores de avanzada formaron alianzas con destacados periodistas y hombres de letras y entablaron numerosas y agitadas polémicas sobre los problemas sociales que se vivían en el territorio. García Moreno es considerado como: “la personalidad más discutida de la historia ecuatoriana [...] constructor dinámico y por sobre todo ‘vengador y mártir del derecho cristiano’ ”; del mismo modo, poseedor de un fanatismo religioso

1. Enrique Ayala Mora, “La relación Iglesia-Estado en el Ecuador del siglo XIX”, en Jorge Núñez S., comp., *Antología de Historia*, Quito, FLACSO, 2000, p. 66.

exacerbado y con una inclinación psicopática a la represión, que le ganó el calificativo de “santo del patíbulo”.²

Para el año 1869, Ecuador ya había estado, durante la primera presidencia de García Moreno, siete años bajo su control. El austriaco que fuera Ministro representante de Estados Unidos en Ecuador, durante el primer gobierno de García Moreno, Friedrich Hassaurek (1861-1865), afirmó en 1868 que en el país se encontraban “conventos en lugar de imprentas y barracas militares en lugar de escuelas”.³

Palabras que indican que la religión era uno de los componentes intrínsecos de la vida sociocultural del Ecuador de la época.

Pensando en circunstancias como estas, Michel de Certeau escribió:

Una perspectiva histórica debe tener en cuenta las sustituciones sucesivas de los códigos de referencia y, por ejemplo, el hecho de que el código “teológico” desempeñaba en el [pasado] el papel que puede desempeñar en nuestros días el código “sociológico” o el “económico”. No deberíamos considerar como insignificante la diferencia entre los cuadros de referencia en función de los cuales una sociedad organiza las acciones y los pensamientos. Reducir un código a otro sería precisamente negar el trabajo de la historia.⁴

La novela objeto de este ensayo: *El hombre de las ruinas, leyenda fundada en sucesos verdaderos acaecidos en el terremoto de 1868* (1869) de Francisco Javier Salazar Arboleda, es un texto que ha pasado completamente desapercibido para la historiografía ecuatoriana y el mundo académico, porque en el país hasta ahora se reconoce la existencia de muy pocas novelas escritas durante el siglo XIX; tal vez las más difundidas y aceptadas sean: *La emancipada* (publicada inicialmente en 1863, pero redescubierta únicamente hasta 1974) y *Cumandá* (1879).

Salazar Arboleda (Quito 1824-Guayaquil 1891), hijo de José María de Salazar y Dolores Arboleda; fue militar, abogado, escritor y político conserva-

-
2. Enrique Ayala Mora, “Gabriel García Moreno y la gestación del Estado nacional en el Ecuador”, en *Crítica y Utopía. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, No. 5, Buenos Aires, septiembre, 1981, p. 2.
 3. Friedrich Hassaurek, *Four Years Among Spanish-Americans*, London, Sampson Low, Son, and Marston-Hurd and Houghton, 1868, p. 237.
 4. Michel de Certeau, *The Writing of History* [1975], trad. Tom Conley, New York, Columbia University Press, 1988, p. 120.

dor. Obtuvo el título de Bachiller en el Colegio San Fernando en 1842; para cuando se recibió de abogado, ya era militar. En 1856, enviado por el Gobierno viajó a Alemania para perfeccionar su educación militar. En 1860, participó en la batalla de Guayaquil y en la toma de la ciudad. En 1869, fue Ministro del Interior y de Relaciones Exteriores y en 1875, Ministro de Guerra y Marina. Vivió en Lima, Perú por varios años y regresó a Ecuador en 1882. Fue nombrado Director de Guerra y participó en una nueva batalla y toma de Guayaquil en julio de 1883; ese mismo año fue Diputado por Pichincha en la Convención Nacional que se reunió en Quito y fue elegido Presidente de dicha Asamblea. Posteriormente, fue Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno del Perú. Entre 1888-1889, se le encargó el Ministerio del Interior y de Relaciones Exteriores. En 1891, por segunda vez se propuso su candidatura a la Presidencia de la República, pero murió sorpresivamente en Guayaquil el 21 de septiembre de ese mismo año. Durante su vida fue miembro de la Academia Ecuatoriana de la Lengua, la Academia Nacional Científica y Literaria de Quito, la de Historia de Madrid y la de Buenas Letras de Sevilla, el Ateneo de Lima, la Sociedad de Ciencias de Londres, entre otras asociaciones.⁵

Publicó textos dedicados a facilitar la instrucción técnica de las fuerzas militares como: *Táctica de artillería*, Tomo I (1869), Tomo II (1872); *Instrucción de tiro* (1870), Quito (1884); *Táctica de infantería* (Guayaquil, 1871); *Información sobre la integración del batallón sobre la nueva táctica de Infantería* (1872); *Instrucción de Esgrima a la bayoneta*; *Instrucción de guerrilla y del Prontuario militar para el uso de los cuerpos de la guardia nacional* (1878). Además del *Informe sobre las maniobras del 5o. cuerpo del ejército alemán ejecutadas en la Alsacia y la Lorena en 1873*; *Las batallas de Chorrillos y Miraflores y el arte de la guerra* (1882); el *Tratado del servicio de campaña en la guerra moderna según la teoría alemana ajustado a los principios de la legislación militar dominantes en las repúblicas sud-americanas* (1894). En cuestiones penales escribió: *Sistema de corrección penal y Reglamento de la penitenciaría*. Entre los diversos discursos producidos sobresale el *Discurso leído en el acto de instalación del Comité encargado de llevar a efecto la erección de una estatua de Bolívar en la ciudad de Guayaquil*. También publicó: *Rasgos descriptivos de varias poblaciones y sitios de la República del Ecuador* (1871). García Moreno

5. Cfr. Efrén Avilés Pino, "Francisco Javier Salazar", en *Diccionario del Ecuador*, Guayaquil, FILANBANCO [s.f.].

(1884). *Una excursión a Baños*. Sobre pedagogía se hallan: *El método productivo de enseñanza primaria, aplicado a las escuelas de la República del Ecuador* (1869); *Breves observaciones sobre ciertas palabras usadas en el lenguaje militar; Pronunciación del lenguaje castellano en el Ecuador*. Mientras que escribió solo una obra de ficción: *El hombre de las ruinas, leyenda fundada en sucesos verdaderos acaecidos en el terremoto de 1868* (1869).⁶

Ahora, en el siglo XVIII en España, por confusiones entre tratadistas de retórica y poética, la novela en todas sus formas dejó de tener fuerza narrativa.⁷

Lo que hoy significamos con tales conceptos [cuento, novela corta, novela] no se corresponde con lo que dichas palabras designaban durante el siglo XVIII. Desde el punto de vista de la preceptiva, literatura era lo escrito en verso; la prosa no tenía valor. La novela, desde ese mismo punto de vista, no existía porque no tenía consideración literaria: estaba escrita en prosa.⁸

Durante el siglo XIX, la novela carecía de una concreta definición (oscilando entre “historia fingida”, “ficción posible”, “romance” o “poema épico romanesco”;⁹ además, el género carecía de un total prestigio: “la opinión negativa sobre la novela era común en España a fines del siglo XVIII”.¹⁰

La distinción entre el “romanzo” y la “novella”, que en italiano, como en francés (“roman” y “nouvelle”) y en alemán (“roman” y “novelle”), se presenta mediante el empleo de dos sustantivos distintos, se expresa en español solo mediante la ayuda de un adjetivo. Así, a la *novela* (en el sentido de “romanzo”) o pone la “novela corta”. La palabra “novela”, importada del italiano en los siglos XIV-XV, sirvió en castellano tanto para designar el relato breve (como en la famosa obra cervantina *Novelas ejemplares*), como el

6. Cfr. Vicente Pallares P. y J. Trajano Mera, *La Revista Ecuatoriana*, vol. III, Quito, Imprenta de la Universidad, 1891, pp. 374-375; y Miguel A. Puga, “Francisco Javier Salazar”, en *La gente ilustre de Quito*, Quito, Delta/Sociedad de Amigos de la Genealogía, 1994, pp. 235-239.

7. Cfr. Juan Ignacio Ferraras, *Los orígenes de la novela decimonónica (1800-1830)*, Madrid, Taurus, 1973.

8. Joaquín Álvarez Barrientos, *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Júcar, 1991, pp. 11-12.

9. José Checa Beltrán, *Razones de buen gusto*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998, pp. 260-274.

10. Felipe González Alcázar, “Teorías sobre la novela en los preceptistas españoles del siglo XIX”, en *Dicenda, Cuadernos de Filología Hispánica*, No. 23, 2005, p. 112.

más amplio. Para el cual no pudo emplear el castellano la denominación *romance*, ya que esta se aplicaba ya a otro tipo de relato, un género poético tradicional. También el inglés presenta un uso de los términos *romance* y *novel* que difiere sensiblemente de sus denotaciones en francés y en italiano. Es interesante que en esta lengua ambos vocablos se hayan utilizado para aplicarlos al relato amplio, distinguiendo en él dos tipos: el relato romántico idealizante y el más realista moderno.¹¹

Este desconcierto retórico narrativo entró a Hispanoamérica donde la novela comenzó a producirse con ímpetu años después de las guerras de independencia y se mantuvo hasta finales del siglo XIX. De este modo, durante ese siglo, en los diferentes países hispanoamericanos se produjeron numerosas muestras de relatos que conformaron una amalgama de tradición, cuadro costumbrista, leyenda, relato, cuento, cuento largo, novela corta y novela; todos ellos con variadas denominaciones. En ningún momento sus autores definieron los límites de la extensión para clasificar sus obras, sino hasta pasado el siglo e incluso con variaciones y ambigüedades.

Así que desde la perspectiva imperante en el siglo XIX, *El hombre de las ruinas, leyenda fundada en sucesos verdaderos acaecidos en el terremoto de 1868* es una novela. Su estudio ilustra la forma en que su autor, Francisco Javier Salazar Arboleda, entendió en aquellos momentos las labores literaria e ideológica y la manera en que las implementó efectuando un aporte a la literatura de su tierra. Como autor conservador, partidario del gobierno de García Moreno, la religión representaba un baluarte contra las ideas liberales y contra el trastorno social que se sufría en muchas áreas el país.

Este texto basa su referente en el hecho histórico de la devastación que asoló el área de la zona norte de Ecuador, incluida Ibarra, el 16 de agosto de 1868. Terremoto que fue parte de una serie de fuertes sacudimientos telúricos que sucedieron entre el 13 y el 16 de agosto de ese año y que destruyeron ciudades y pueblos tanto en Ecuador como en Perú; sismos que se sintieron desde Colombia hasta Chile; hecho sobre el que se informó:

El 16 de agosto a las 11 y media de la tarde, siguió al terremoto del día precedente, la horrorosa catástrofe que asoló toda la provincia de Imbabura. La capital Ibarra, Otavalo y varios pueblos florecientes se convirtieron

11. Carlos García Gual, "Relaciones entre la novela corta y la novella en la literatura griega y latina", en *Faventia, Revista de Filología Clásica*, No. 1, Fasc. 2, 1979, p. 135.

en un minuto en montones de escombros, y millares de seres humanos quedaron aplastados debajo de las ruinas. Desde el terremoto de Riobamba, en 1797, la historia del país no conoce un cataclismo igual, y en cuanto a las víctimas humanas, este último, sin duda, fue mucho más funesto que aquel. No existe un censo exacto de los muertos; García Moreno, que en aquella ocasión organizó y dirigió la comisión salvadora, calculó el número de los cadáveres entre 15.000 y 20.000.¹²

Terremoto destructor en Quito. El epicentro de este temblor parece que está en la provincia de Imbabura al norte de Quito. Las poblaciones de Otavalo, Cotacachi, Atuntaqui e Ibarra fueron destruidas. Del 13 al 16 en Guayaquil y en otras regiones de la república ecuatoriana se repitieron los temblores.

El 16, una sacudida en Popayán. El 17 se repitió en Ibarra y se sintieron otros durante varias horas. El 28 en Otavalo hubo dos fuertes y largos terremotos y así diariamente se sintieron algunos en la provincia de Imbabura.¹³

Por tanto, la novela de Salazar Arboleda ofrece una narración que, a partir de su título: *El hombre de las ruinas, leyenda fundada en sucesos verdaderos acaecidos en el terremoto de 1868*, expresa un nivel de ambigüedad entre realidad y ficción, donde lo extratextual histórico guía la recepción desde un definido marco cultural de destrucción física, que pasó a la historia como uno de los peores desastres que sufrió el país durante el siglo XIX; hechos que sirvieron para crear un mundo ficticio, donde específicas situaciones sociales que afectaban a las diferentes comunidades sirvieron bien de referente o bien de motivación para la narrativa.

Dividido en 9 capítulos, el mundo referido de la novela abre en el primero con el despliegue de una voz que emplea la narración en tercera persona para describir el estado del lugar mediante un discurso apocalíptico con el que emite juicios morales y éticos.¹⁴ La historia comienza con una descripción

12. Jesús Emilio Ramírez, *Historia de los terremotos en Colombia*, Bogotá, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Subdirección de Investigaciones y Divulgación Geográfica, 1975, 2a. ed., p. 148.

13. *Ibid.*, pp. 148-149.

14. "Lo ético se ha identificado cada vez más con lo moral, y la ética ha llegado a significar propiamente la ciencia que se ocupa de los objetos morales en todas sus formas, la filosofía moral", en José Ferrater Mora, *Diccionario de filosofía*, t. I (A-K), Buenos Aires, Sudamericana, 1965, 5a. ed., p. 595.

casi paradisíaca: “En medio de un ameno valle de color esmeralda do serpean cristalinos arroyos, en cuyas floridas márgenes sacuden sus verdes coronas los encumbrados sauces, se halla un espacioso campo [...]”.¹⁵ Apertura narrativa que rápidamente pasa a destacar aspectos de la catástrofe que acababa de ocurrir: “Es lo que poco ha se llamaba Ibarra, ciudad apacible y risueña que arrullaba en su seno unas diez mil personas”;¹⁶ aseveración que va acompañada de comentarios que comienzan a guiar éticamente el rumbo de la lectura:

La ira del Dios de los ejércitos no ha dejado allí piedra sobre piedra; las casas de los hombres se han convertido en oscuras cuevas de hambrientos perros, los jardines en depósito de podredumbre, las rectas y bien empedradas calles, en montones de pesados fragmentos de adobes confundidos con caídos tejados, desprendidas puertas, rotos muebles y empolvados jirones de las telas, toscas o primorosas, con que antes se cubría la humilde indigencia del pobre, o la altiva vanidad del rico propietario.¹⁷

Este inicio apocalíptico expresa ideas éticas en las que subyace una actitud humana que comienza a indicar códigos o pautas morales que se han puesto en práctica en esa específica sociedad histórica; situación que lleva a percibir la íntima conexión de la dimensión ética con la religiosa en ese mundo social representado.

Casi inmediatamente, los comentarios sobre la destrucción de la estructura socioeconómica del lugar pasan de ser éticos y morales a reproducir lo tétrico del destino y de la realidad explicitada:

El sepulcral silencio que allí dominaba no era de vez en cuando interrumpido sino por el siniestro aullar de uno que otro can, repleto de carne humana, hallado debajo de las ruinas, o por el repentino bramido del viento que en ráfagas impetuosas sacudía los árboles y cubría el espacio de torbellinos de polvo, levantado en inmensas espirales de entre los escombros sacudidos por el terremoto.¹⁸

15. Francisco Javier Salazar, *El hombre de las ruinas: leyenda fundada en sucesos verdaderos acaecidos en el terremoto de 1868*, Quito, Imprenta de “El Debate”; 2a. ed.: Lima, Imprenta Torres, 1889, p. 3.

16. F. J. Salazar, *El hombre de las ruinas...*, p. 3.

17. *Ibid.*, p. 4.

18. *Ibid.*, p. 5.

Hasta este momento, la historia ofrece una síntesis heterogénea de referentes de la realidad que combinan elementos dispersos en el espacio y en el tiempo; pero en un lapso breve, se pasa de la destrucción dejada por la catástrofe, a esbozar con toda desnudez la crudeza de una situación que prontamente se convierte en macabra; ideas de hecatombe y consternación que son un arma persuasiva poderosa, puesto que a través de las imágenes invocadas por la lectura, en la mente del lector se produce un estado de absorción dentro del mundo relatado que ejerce diversos tipos de influencia, según sea la fuerza convincente de dicho relato.

Establecido el trasfondo del ambiente, la voz se convierte en un narrador representado que es a la vez narrador y personaje (homodiegético-intradiegético) de ese universo ficcional.¹⁹ Se hace presente en la tragedia para dar testimonio de la desolación y el malestar que le produce lo que ve y para mostrar a través de sus ojos, de sus acciones y de sus palabras, los hechos subsecuentes que conforman lo relatado. Mediante la memoria y la nostalgia por el pasado ya inexistente, la voz del narrador expresa ideas religiosas y éticas sobre lo efímero de la existencia y sobre la fragilidad del ser humano; pensamientos interrumpidos al observar la siguiente escena:

[D]e repente hube de sorprenderme en gran manera al ver sobre el ceniciento techo de una pequeña habitación venida al suelo desde los cimientos, un hombre de alba y escasa cabellera, rostro enjuto y requemado, ojos hundidos y boca entreabierta, vacía de dientes, sentado en un grueso madero, con la mano a la mejilla, sin desprender la vista del punto en que descansaban sus pies, uno de los cuales estaba envuelto en un blanco pañuelo empapado en sangre. Por lo pronto juzgué que la fuerza del dolor le había como petrificado, y quise dirigirle la palabra para llorar con él; mas al acercarme, arqueó las cejas, apretó los labios y me dirigió una mirada feroz, cosas que me hicieron desistir de tal propósito, y seguir mi camino.²⁰

La representación del anciano tiene un poder de referencia respecto a lo que lo rodea. Los rápidos y subsecuentes rasgos físicos lo describen con marcas de carencia [‘escasa’, ‘enjuto’, ‘vacía’] y de negatividad [‘requemado’, ‘hundidos’], pero sin llegar a ser completamente desfavorables. Lo que co-

19. Gerald Genette, *Figuras III*, trad. Carlos Manzano, Barcelona, Lumen, 1989, pp. 283-289.

20. F. J. Salazar, *El hombre de las ruinas...*, pp. 5-6.

mienza a ofrecer una señal de que existe algo discordante es la reacción física que se expresa en su rostro y con la que responde al intento de ayuda del narrador; actitud que explicita el cariz de lo que sucedía en su interior. Es un retrato ligero, sintético pero sugestivo, que indica que existe una reciprocidad entre este personaje y el ambiente a su alrededor.

Las palabras y la retirada del narrador ponen en escena la presencia de lo “extraño inquietante” (*unheimlich*) de Freud, quien intentó dar una explicación a lo irracional. En español, *unheimlich* se ha traducido, entre otras formas, como: siniestro, ominoso, aciago, fortuito, funesto, azaroso, de mal agüero, desgraciado, abominable; denominaciones que tienen en común que algo perturbador va a incidir en la psicología del implicado, en este caso, el narrador. Este no puede entender por qué alguien en las circunstancias en las que se encuentra el anciano puede rechazar con tal aspereza la posibilidad de una ayuda ofrecida desinteresadamente y en su beneficio. Se aleja, pero ya la duda ha quedado establecida en su ánimo sobre la actuación del hombre que acaba de encontrar.²¹

Esa decisión del narrador le permite descubrir, en medio de la destrucción que había dejado el terremoto en la plaza donde estaban las ruinas del convento de Santo Domingo, un nuevo centro de interés y un posible lugar

-
21. Freud señaló una serie de estadios que se manifiestan para que esta sensación se produzca: 1. Algo debe evocar ese estado de ánimo. 2. Cuando el ser humano se encuentra desconcertado, perdido, surge la incertidumbre intelectual, condición básica para que se dé el sentimiento de lo siniestro. 3. La duda evoca vagas nociones de procesos automáticos, que han permanecido ocultos. 4. Debe transcurrir un lapso de tiempo sin que se pueda solucionar la incertidumbre. 5. Esta duda, con el tiempo, se convierte en ansiedad; en algunos casos, lo angustioso es algo reprimido que retorna, y esto es lo siniestro. 6. De este estado anímico emerge el tema del “doble” o del “otro yo”, que puede ser una persona considerada idéntica a otra, que sería el constante retorno de lo semejante, que remite a otro sentimiento causante de lo siniestro. 7. También puede ser el desdoblamiento del Yo que se opone al resto del Yo que sirve a la auto-observación y a la autocrítica y cumple una función de censura psíquica. 8. Este impulso de repetición produce presentimientos que llevan a la sugestión; esto es, la omnipotencia del pensamiento. 9. A la mirada se le asigna gran eficacia; se teme el propósito de hacer daño que puede ejecutarse con la visión y se supone que este tiene la fuerza de realizarse. 10. Muchos consideran siniestro todo lo que está relacionado con la muerte, con aparición de muertos, con los espíritus y los espectros. Así, lo siniestro se mezcla con lo espeluznante; se ve al muerto como un adversario del vivo que quiere llevárselo al otro lado con él. En: Sigmund Freud, “Lo siniestro”, en *Obras completas*, III, trad. Luis López Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996, pp. 2483-2505.

para protegerse. Situación que describe con minuciosidad: “observé una pequeña choza formada junto a una derrumbada tapia [...] me acerqué con recelo y con no poco trabajo a la baja abertura hecha en uno de sus costados”;²² palabras con las que destaca estrategias expresivas cuya finalidad es producir la persuasión narrativa, que además de atrapar la atención del lector, tiene como efecto provocar una impresión o una marca en las actitudes, creencias y comportamientos de los receptores.

El narrador se acerca con previsión; no quiere encontrar una nueva sorpresa, pues aunque parece que la sensación de extrañeza se ha alejado, la turbación que le produjo la presencia y la reacción del anciano ha creado en él una confusión que se acentúa ante lo desconocido que puede esperarlo dentro de la derruida estructura. Así, inmerso en lo innombrado, en la posible amenaza que desde la sombra se le puede materializar, se aproxima. En su interior, la caótica situación externa comienza a confundirse con la azarosa sensación interna que le ha surgido:

[E]l habitador del aquel improvisado tugurio era un venerable monje dominico, que hincado de rodillas delante de un Crucifijo parecía la estatua del penitente David, ofreciendo al Señor en medio del congojoso duelo, su corazón contrito y humillado. Sus ojos nublados con el llanto, estaban como clavados en la adorable imagen del Redentor del mundo, y sus manos puestas en ademán de súplica; en su rostro, macerado por la penitencia, resplandecía la virtud; su espaciosa frente, desguarnecida de cabello, estaba como surcada por el dolor; y la barba blanca y tupida que le caía sobre el pecho manifestaba los largos años que había peregrinado en este valle de congoja y miseria [...] A través de su ennoblecida fisonomía, parece que con los ojos materiales se ve la espiritualidad de su alma y que aún se palpa su eternal existencia. Al verle, el ateo más pertinaz habría de reconocer en nosotros, mal de su grado, la imagen y semejanza de Dios.²³

Al encontrar a un religioso ocupado en orar, el narrador regresa a lo familiar; de ahí que efectúe un retrato minucioso, mediante la presentación de diversos rasgos físicos y con una serie de características espirituales y morales, pintándolo en lo que ahora parece ser su marco habitual y en el desarrollo de una acción precisa: rezar. Es una técnica de explicitación de atributos yuxtapuestos y complementarios que están más bien tipificados que indivi-

22. F. J. Salazar, *El hombre de las ruinas...*, p. 6.

23. *Ibid.*, p. 6.

dualizados, pero que proyectan armonía y paz interna y acentúan lo agradable del sujeto descrito.

Los retratos que efectúa del anciano y del clérigo, le permiten relacionar aspectos dispares como son los restos materiales dejados por el desastre natural, con las reacciones subjetivas y objetivas que se expresan en los personajes, las transformaciones que sufren y las que su imaginación les atribuye. En sus palabras se observa un esfuerzo por restablecer parámetros entre lo conocido y lo inesperado; entre lo que se manifiesta como extraño o como familiar. Se halla dentro de una realidad espacial donde todo se repite continuamente adentro y afuera, y donde el tiempo se anula y en última instancia se reduce al espacio. De esta manera, sucesos experimentados se entrecruzan con escenarios intuidos o presentidos que le permiten al narrador emitir ideas éticas; divagaciones detenidas abruptamente por un nuevo y poderoso temblor:

Como por instinto volví la cara, eché una inquieta mirada a la muerta ciudad y alcancé a ver que su suelo, sembrado de arrasados edificios, se estremecía como el convulso pecho de un epiléptico en toda la fuerza del accidente. Solo el hombre sentado sobre las ruinas permanecía inmóvil en la misma situación en que yo le había dejado.²⁴

La realidad exterior interrumpe la tranquilidad que empezaba a vivir el narrador, regresándolo a la inquietud, a lo ominoso. No obstante, en medio de la sensación angustiosa que le produce el movimiento telúrico, observa que la conmoción no afectó al anciano de las ruinas, quien parece estar abstraído y ensimismado por algo más potente que un sismo; impasibilidad que es la proyección de que en su interior existe una fuerza que condiciona su realidad. El temblor produjo “un espantoso ruido subterráneo” y “fuertes sacudidas de tierra”, que sobresaltaron al narrador y al clérigo, obligando a este a abandonar su acto de oración e impulsándolo a salir de la estructura, lo que lo lleva a darse cuenta de que tiene compañía y a informar que ese nuevo temblor había sido casi tan fuerte como el original que había destruido la ciudad. De esta manera, su comportamiento es completamente inverso al del anciano. En la actuación de estos personajes se expresa abiertamente una oposición de actitudes y reacciones; mientras en el clérigo hay tensión y atención, en el anciano persiste el desapego y la indiferencia.

24. *Ibid.*, pp. 7-8.

El movimiento telúrico ofrece la oportunidad de que el narrador sepa de labios del monje lo que le había sucedido hacía una semana:

[Y]o no tuve tiempo para nada; las paredes cayeron sobre mi estancia y me dejaron sepultado en ella, pero sin causarme daños; resígneme a mi suerte, me encomendé a la Virgen del Rosario, tomé entre mis manos un crucifijo que siempre tengo al pecho, caléme la capilla y me preparé a morir al rigor del hambre o con la caída de alguno de los fragmentos de cal y ladrillo pendientes sobre mi cabeza [...]. Así permanecí nueve horas, al cabo de las cuales, un terrible estremecimiento de tierra echó a un lado todo el material que estaba sobre mí y me dejó un claro suficiente para que pudiese salir; hícelo como Lázaro [...]. Cúmplase, pues, su soberana voluntad [...]. Sin duda, Padre mío, para que no queden sin guía las almas que conducís al cielo por el camino de la virtud. Pero ¿por qué permanecéis en este sitio de muerte y horror donde todo pone miedo al corazón y angustia al alma? Por lo que veo sois militar y sabéis que el centinela que abandona su puesto es castigado con pena de la vida. Si yo desamparase el mío merecería al infierno. ¿No veis que bajo estos pesados escombros de mi iglesia están los vasos sagrados [...]. Si yo no cuido de ellos vendrán los ladrones y los robarán. En cuanto a mí, nada he perdido pues aquí está mi tesoro, y metiéndose la mano al pecho sacó un hermoso crucifijo [...].²⁵

En las palabras del clérigo se observa que las dimensiones mentales que expone se encuentran ligadas a un modelo ético cristiano. Para él existe la responsabilidad hacia algo y la responsabilidad ante alguien. Tiene el compromiso de cuidar los objetos que representan a Dios y en donde efectivamente se lo adora en los rituales: los vasos sagrados. Su custodia y su protección le han sido confiadas, por tanto, no puede abandonarlos, faltaría a su obligación; del mismo modo, ultrajaría su responsabilidad ante la Iglesia como institución y ante Dios mismo. En el compromiso que siente, existe una percepción del valor de lo que se le ha confiado; es un deber ante el que olvida los intereses propios; por eso, no lo evade incluso a riesgo de su propia vida. Existencia que entiende que es importante porque tiene una función para los que lo rodean, como para la institución a la que pertenece; de ahí que al quedar libre de la prisión que lo había atrapado en el terremoto, saliera de los escombros a la vida de responsabilidad que entendía y aceptaba. Acciones que concuerdan con una comprensión completa y desinteresada de su posición clerical,

25. *Ibid.*, pp. 8-9.

como lo señalan las siguientes afirmaciones éticas: “No es, pues, la vida cristiana, y con ello tampoco la ética cristiana, un código de prescripciones legales, sino más bien la toma de conciencia de la responsabilidad por aquellos bienes que de la ley vienen protegidos y que son confiados positivamente al hombre”.²⁶ Principios que para el clérigo son instancias decisivas, fundamentales y rectoras del pensamiento sobre lo que está bien o mal.

De esta manera, el discurso novelístico ofrece un medio para sugerir preguntas a un nivel particular, al presentar detalles de la psicología del hombre de las ruinas y del fraile en circunstancias especiales. Esta labor de comparación y contraste abre posibilidades para emplear la novela como forma narrativa al servicio de la moral pública, a la vez que permite ampliar la habilidad para meditar, imaginar e investigar posibles problemas éticos; es un vehículo difusor de específicas ideas religiosas que delimitan los comportamientos sociales. Como se sabe:

Las religiones son hechos históricos y sociales. [...] Un sistema religioso [...] tiene específicos modos expresivos de índole simbólica en los que, junto a las creencias y en relación con ellas, incluye prescripciones de pautas rituales. Pero es innegable que contiene también prescripciones que no son ya rituales, sino que están referidas a aspectos generales del comportamiento humano, sobre todo social. Tales pautas podrían ser no sacrales, sino profanas; son de naturaleza ética, aunque en el sistema que es la religión están afectadas de la sacralidad que lo caracteriza y entran así a formar parte de su conjunto.²⁷

Pero no era únicamente el cuidado de los tesoros espirituales y materiales de la iglesia lo que se le había confiado al fraile, sino también la realización de su deber de ayudar al prójimo. Esto es lo que había intentado hacer con el anciano durante la semana transcurrida; auxilio que él había rechazado repetida y obstinadamente:

Ocho días hace que acaeció el terremoto, y desde entonces allí, sin moverse, ve pasar alternativamente por este valle la helada escarcha de la mañana, el calor sofocante del medio día, la tarde acariciada por la brisa

26. Alberto Mestre, “Robert Spaemann: ética de la responsabilidad cristiana”, en *Ecclesia* XXI, No. 3, 2007, p. 374.

27. José Gómez Caffarena, “Religión y ética”, en *Isegoría* [Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)], No. 15, 1997, p. 228.

o maltratada por la tempestad, y la fría noche flotando sobre las tinieblas o sobre las nubes alumbradas por el pálido resplandor de la luna. No deja aquella techumbre despedazada, sino para ir a los escombros de dos casas vecinas, quitar de ellas en ciertos puntos, no sé con qué objeto, algunos adobes y [...].²⁸

Esas acciones enfatizaban la incapacidad del hombre de las ruinas de pensar con claridad por alguna idea preconcebida o algún sentimiento vehementemente que ocupaba su existencia; ya que ni la oscuridad, ni los cambios del tiempo y del clima, ni tampoco los movimientos telúricos y menos su propia seguridad poseían más valor o vigencia que lo que lo obcecaba. Hechos con los que regresa lo extraño inquietante a la vida del narrador, creándose una situación de desasosiego que se refuerza inmediatamente porque: “Un fuerte temblor, seguido de un ruido espantoso, dejó la palabra trunca en los labios del anciano y nos obligó a salir a la placeta a ver lo que pasaba. Una gran masa de tierra había descendido de la vecina loma, llevándose consigo enormes piedras y peñascos”.²⁹

Ya con estas situaciones externas repetidas y peligrosas, el regreso del narrador al lugar de donde había llegado se hace imposible tanto por las aberturas de la tierra³⁰ como por la oscuridad que se avecinaba; por eso, decide pasar la noche en el refugio del clérigo; pero para darle tiempo a que hiciera

28. F. J. Salazar, *El hombre de las ruinas...*, p. 10.

29. *Ibid.*, p. 10.

30. Este es un fragmento de una versión aportada de testigos y fuentes escritas oficiales en 1881 por un religioso alemán: “Mucho peores fueron los inmediatos resultados del terremoto en el sur y oeste de la ciudad. Según la expresión de García Moreno, en el territorio de San Pablo, Otavalo y Cotacachi, el suelo parecía haber estado en hirviente movimiento, resultado del fuerte sacudimiento de abajo a arriba. El suelo estaba destrozado totalmente por numerosas grietas grandes y pequeñas; el que iba a caballo tenía que apearse y buscarse paso con cuidado por el infinito caos de las resquebrajaduras. García Moreno encontró una abertura reciente de 8 metros de profundidad y 25 de anchura; una choza de indios se había asentado completamente hasta el techo sin derrumbarse; [...]. Los caminos que llevaban a las empinadas faldas del monte en parte se habían hundido y en parte estaba cubiertos de montones de piedras y material flojo, de tal manera que no había comunicación entre los pueblos ni con Quito. [...] Si el Imbabura presentaba tal vez los más numerosos derrumbes, a causa de su configuración escarpada, el Cotacachi, por la cantidad global de grietas, parecía haber tenido cerca de sí el epicentro del terremoto”, en Joseph Kolberg, *Hacia el Ecuador. Relatos de viaje*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador/Ediciones Abya-Yala, 1996, p. 339.

la oración vespertina, resuelve espiar al “incógnito viejo, con el fin de observar desde algún paraje oculto todos sus movimientos y acciones”.³¹ La penumbra permite que el anciano se ponga en movimiento, lo que significa que hay algo turbio en sus acciones, ya que la oscuridad es una metáfora del mal y de la muerte; mientras que, al narrador, la incertidumbre lo impulsa a transitar caminos oscuros para intentar revelar la incógnita que lo tiene en estado de ansiedad. Esa búsqueda implica una autoconfrontación con lo que teme y con la posible realidad nefasta que pueda encontrarse; pero es una manera de solucionar el misterio.

Acerquéme con paso cauteloso a un espeso nogal y, oculto por su tronco, vi que el incógnito que estaba cerca, sacaba del bolsillo una cuartilla de papel y la leía con avidez, pronunciando uno tras otros los nombres de varias personas, de las cuales algunas no me eran desconocidas. Después, guardando su papel, dijo en alta voz: ¡todos muertos! Y tomándose la cabeza con ambas manos, añadió: MI DINERO, mi dinero. Levantóse enseguida, y andando con la precipitación que le permitía el pie lastimado, llegó a un techo no enteramente desbaratado, se descolgó por él al recinto que cubría y desapareció.³²

La indagación lleva al narrador junto a un nogal, árbol que desde la tradición griega y romana está ligado al don de la profecía.³³ Esto es augurio de que se va a develar el porqué de la actuación del anciano, lo cual sucede. Al hombre lo mueve la usura convertida en pasión que lo obceca y enceguece. El dinero perdido y los réditos que conseguía con él es lo que obsesiona al hombre; preocupación que lo lleva a buscar los cadáveres de aquellos a los que se lo había prestado, para recuperar de alguna forma el capital y los réditos que había esperado obtener.

[V]i que el viejo andaba sobre sus manos y rodillas como un perro, trasegando los baúles, cajones y despedazados roperos, como si buscara alguna cosa de suma importancia. Al fin [...], se puso a ladear algunos de los adobes caídos hacia adentro [...]. Al cabo de pocos instantes se descubrieron los yertos pies de una víctima del terremoto; el desconocido, fi-

31. *Ibid.*, p. 11.

32. *Ibid.*, p. 12.

33. Cfr. Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Herder, 1988, p. 754.

jando en ellos los ojos, que en ese momento estaban como para saltarle de su órbita, dijo: no me ha engañado el olfato, aquí está; y siguió con más ahínco en su tarea de quitar adobes y tierra hasta que logró exhumar en todo el cadáver de un hombre como de treinta años de edad [...]. El viejo le tomó entonces la mano derecha y examinándole con mucha atención un anillo que tenía en el dedo índice, “no equivale a la suma que le presté, dijo desconsolado, pero al fin es algo, lo tomaré”. Quiso sacarlo valiéndose de sus largas uñas, mas como no pudo conseguirlo, acomodó el dedo entre las puntas de dos carcomidas muelas, y después de ponerlas un buen rato en activo ejercicio, logró arrancarlo de la mano del muerto, se apoderó del anillo y puso en el pecho del cadáver el dedo tronchado y sangriente, diciendo: quédate con él que no lo necesito. Hecho esto, volvió, siempre en cuatro pies, con la boca ensangrentada, como un chacal, a buscar el agujero por donde había entrado, y yo me apresuré a emboscarme de nuevo en el mismo sitio en que antes estaba.³⁴

En el hombre se ha producido la pérdida del mundo natural y normal y se ha substituido por otro donde el dinero, su ganancia y su posesión lo son todo. En su mente existe una transvaloración de todos los principios morales; para él lo importante es que la totalidad de lo existente tiene un precio por encima de lo justo y equitativo y que la ganancia que obtiene con la especulación es su meta. El afán desordenado de poseer y adquirir riquezas para atesorarlas se le ha convertido en una fijación mental que aprisiona su existencia, que controla sus pensamientos y que constituye el deseo medular que domina su ser; de ahí que en él haya una disminución de percepción del mundo exterior, que no le permite inmutarse ni por los movimientos telúricos ni poseer una comprensión empática hacia aquellos a los que alguna vez prestó dinero. Lo único que su mente tergiversada reconoce en el otro es el contrato que ha efectuado con él, y mientras no se cancele, ese ser se convierte en su propiedad, como se observa con el cadáver que encuentra entre los escombros. Su naturaleza de usurero proviene de la codicia que lo posee, y estas pasiones: usura y avaricia, controlan su voluntad; emocionalmente se produce en él el deseo codicioso que puede ser síntoma de una profunda y arraigada inseguridad o de un afán de poder y control.³⁵ Es tan fuerte el efecto de estas dos

34. F. J. Salazar, *El hombre de las ruinas...*, pp. 13-14.

35. Valerie A. Karras, “Overcoming Greed: An Eastern Christian Perspective”, en *Buddhist-Christian Studies*, vol. 24, 2004, pp. 47-48.

pasiones que en el catolicismo, ambas son pecado; la usura se equipara con el hurto y la avaricia es pecado capital.

Pocos minutos después de la escena anterior, el anciano observa que “un perro grande y esforzado como un oso africano” saca a tirones de las ruinas el cadáver descompuesto de un hombre. Lugar al que va para competir con el can y los cuervos que despedazan los despojos. Cuando reconoce que el difunto ha sido uno de sus deudores:

[S]e arrojó sobre el cuerpo como un lobo acosado del hambre, y se dio a buscarle los bolsillos de pecho con la una mano, tapándose con la otra la nariz. El perro, enfurecido con la osadía del viejo, gruñó mostrándole los afilados dientes y mientras duró la rebusca no se cansaba de morderle reiteradas veces el brazo empleado en la operación sin que su dueño lo retirase ni un instante, haciendo tanto caso de ello como de las heridas que a porfía le hacían con los fuertes picos los cuervos que revolaban sobre su cabeza [...]. La vista del despedazado cadáver entregado a la voracidad de los animales carnívoros que le devoraban; el continuo revolver de las negras aves de rapiña, sus picos ensangrentados y su desapacible graznido; el aspecto feroz del hambriento perro, que roía el cráneo medio desnudo del hombre muerto, o daba desesperados mordiscos al hombre vivo; la siniestra fisonomía de este, la sangre que le corría por el brazo que asomaba a través de la blanca chaqueta que cubría sus espaldas; lo tétrico de las ruinas sobre las que venía ya a sentarse la tenebrosa noche, todo, todo contribuía a dar a la escena que yo estaba presenciando un carácter lúgubre e infernal. / Retiróse [...] Con algunos billetes de banco en la mano despedazada por los colmillos del rabioso animal [...] y los contó una y otra vez hasta que medio balbuciente dijo en voz desmayada: hay algo más de lo que me debía; pase por la curación de las mordeduras y heridas que por su causa he recibido.³⁶

Es tal el estado anormal de su mente, que la obsesión que lo subyuga por el exceso de sus propias creaciones anula su campo sensorial, impidiéndole ver la irracionalidad de sus actos; pero la fuerza que lo mueve es tan poderosa que nada lo detiene. Es un ser víctima de sus propias circunstancias. El dinero posee para él un valor circulante que lo afianza en el poder sobre el prójimo; le sirve para ser importante y trepar socialmente, y para sentirse todopoderoso tanto durante la vida como después de la muerte de sus acreedores.

36. F. J. Salazar, *El hombre de las ruinas...*, pp. 14-15.

Como personaje, el usurero es un síntoma de lo que se vive en esta sociedad donde el dinero y la acumulación de capital empiezan a ser muy importantes. Su tendencia al enriquecimiento crea condiciones de desigualdad; pero su ambición económica deja de lado los problemas morales y los arrinconada al ámbito de lo más privado y reducido. Esta situación, a la larga, se ha convertido en un vicio que ha terminado por controlarlo totalmente. Es tan profunda la fuerza psicológica que lo invade, que cuando posteriormente el fraile, al tratar de ayudarlo física y espiritualmente, le menciona los tesoros del cielo que reciben los que se arrepienten de las malas acciones cometidas, al anciano le brillan los ojos y se emociona con la idea de que hay “tesoros en el cielo”, pero rápidamente se desencanta cuando sabe que son “los de las buenas obras”.³⁷ El fraile se aleja del lugar solo después de que el hombre le promete que va a meditar en su situación.

Pasa el tiempo, cuando una melodía triste interrumpe la escena nocturna de tétrica desolación; entra en escena un niño blanco, rubio y ciego, quien deja oír los tristes y lastimeros sonidos de un rondador y de esta manera anuncia su presencia:

[U]n niño ciego de unos nueve años de edad, rostro ovalado y hermoso, aunque muy pálido, frente despejada, cabellos rubios pendientes en largos rizos sobre los hombros, y boca graciosa y expresiva, adornada de iguales y blanquísimos dientes. Con paso lento y vacilante se dirigió hacia el lugar en que estaba el anciano de las ruinas [...]. Dios os guarde, tengo necesidad de vos.³⁸

El niño es la imagen de la inocencia y de la orfandad; para causar algún tipo de impresión favorable en el hombre le cuenta su historia en verso mediante una “especie de yaraví”: “Dadme una limosna/ Señor, que estoy ciego,/ y angustiado lloro/ sin pan ni consuelo./ En aquel recinto/de escombros cubierto/ mis amados padres/ yacen sin aliento/ [...] Solo yo he quedado/ [...] / Yo os pido por ello / deis una limosna/ a este infeliz ciego (...)”.³⁹ El anciano parece conmovirse, pero rápidamente rechaza al niño: “(¿Qué quieres que te dé, muchacho?) No ves que he quedado tan pobre como tú?”.⁴⁰

37. *Ibid.*, pp. 16-17.

38. *Ibid.*, p. 21.

39. *Ibid.*, pp. 21-23.

40. *Ibid.*, p. 23.

Ante lo cual, el chico le responde: “Sed feliz, caballero, y para ello no pongáis vuestro corazón en los tesoros que son carcomidos por el orín o arrebatados por los ladrones”.⁴¹

Estas palabras señalan que el chico es ciego, pero ha suplido con creces el conocimiento del mundo. La ceguera le permite conocer el ambiente físico y social a pesar de no poder visualizarlo. La respuesta del anciano le indica que para él el dinero lo es todo, de ahí que le anticipe que puede perder lo que atesora. Así como él sabe que el hombre tiene medios económicos, otros también están al corriente.

En esta representación del anciano vidente y el niño ciego hay una fuerte contraposición. El anciano, que por sus años debería poseer sabiduría, es, por sus pasiones malsanas, más ciego que el mismo chico invidente que le pide ayuda; ha perdido el sentido de ciertas dimensiones y de ciertas relaciones. Mientras que el niño carente de vista posee una visión interior que le permite comprender su entorno. Dentro de esa oscuridad reinante y con el aire de maldad que impera alrededor del hombre, el niño parece ser un mensajero que llega al anciano para advertirle de su destino; es un ángel anunciador y premonitorio.

En estas escenas, los mensajes éticos emitidos son portadores de sentido dentro de la cultura; mediante ellos se forman actitudes y valores que sirven para relacionar a los individuos y para orientar sus comportamientos. Pero estos mensajes y los anuncios que conllevan no son suficientes dentro del mundo narrativo; pronto lo representado comienza a ennegrecerse y a cambiar nefastamente:

Desde lo alto de las murallas destrozadas de La Compañía, el funesto graznido de la lechuza sobresaltaba a los canes enroscados entre las ruinas, los cuales manifestaban su espanto con tétricos aullidos. Los cerros circunvecinos aparecían en el horizonte como titanes vestidos de luto y las sombras caían en la ciudad desmoronada como un paño mortuario sobre el lecho funeral de una virgen segada en la flor de su vida por la guadaña de la muerte.⁴²

Este cambio sombrío está cargado de premoniciones abiertas. La lechuza, en el simbolismo cristiano “representa a Satán, Príncipe de las Tinie-

41. *Ibid.*, p. 23.

42. *Ibid.*, p. 24.

blas”,⁴³ pero tradicionalmente “simboliza la noche, la muerte, el frío y la pasividad”.⁴⁴ Mientras que los perros que aúllan indican “la muerte”, “los infiernos”, “el mundo de abajo”. “La primera función mítica del perro, universalmente aceptada, es la de psicopompo, guía del hombre en la noche de la muerte”.⁴⁵ A esto se suman los titanes que simbolizan “las fuerzas brutas de la tierra y, por tanto, los deseos terrenales en estado de sublevación contra el espíritu”.⁴⁶ Todos ellos, anuncio, llamado y proclamación de aquello que hace presencia poco después de un nuevo temblor:

[A]bierta la tierra [...] Dejó salir de su seno uno como fantasma que, en pie sobre la planicie de Ibarra, excedía en tamaño a la mole del Imbabura. Su horrible rostro surcado por el rayo, despedía ciertos destellos de luz sepulcral y siniestra que dejaban entrever una fisonomía marcada con el sello de la cólera del Omnipotente irritado y anunciaba una inmortalidad desventurada y maldita.⁴⁷

Aparición que lamenta no haber recogido con el terremoto un buen número de almas para llevarse consigo, ya que ni siquiera el anciano de las ruinas había muerto. Este, al oír esas palabras, le responde con un tono altivo que se lo puede llevar siempre y cuando sus tesoros vayan con él. El espectro le comunica que eso no es posible, porque el fuego derrite todo lo material. Luego de una suerte de negociación, en que el hombre no cesa de su idea de irse a cualquier mundo pero con lo atesorado, deseo ilimitado de dominio y sin obstáculos, marca total de solipsismo que destaca un mundo sin profundidad para él; la aparición le informa sobre el castigo que los avaros y los pródigos sufren en el infierno al darse eternamente furiosos e incesantes topetones entre sí. Al oír esto, el anciano siente una reacción de terror, que hace que la aparición satánica reniegue de él y desaparezca después de golpear con el pie el suelo, estremeciéndolo con un nuevo temblor.⁴⁸ La idea de tortura eterna lo regresa un poco a la realidad, finalmente el tiempo lo afecta y

43. J. A. Pérez-Rioja, *Diccionario de símbolos y mitos*, Madrid, Tecnos, 1997, p. 268.

44. Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Siruela, 1997, p. 278.

45. J. Chevalier y A. Gheerbrant, *Diccionario de símbolos*, p. 816.

46. *Ibid.*, p. 997.

47. F. J. Salazar, *El hombre de las ruinas...*, p. 24.

48. La novela trae una nota que ofrece un fragmento de la *Divina comedia*, Infierno, Canto VII, Cuarto círculo, en el que se encuentran los avaros y pródigos. Cfr. F. J. Salazar, *El hombre de las ruinas...*, p. 27.

duda del compromiso que poco antes estaba decidido a hacer. De pronto, siente que al tener que rendir cuenta de sus actos en una forma dolorosa, el contrato ya no tiene aliciente; así, la opción a la vez instantánea e irrevocable se aleja del placer y del deseo.

La certeza del castigo eterno enunciada por la aparición hace dudar al anciano; no obstante, por momentos puede más la codicia que el futuro destino. Así, en uno de esos instantes, el hombre se regocija de que su esposa e hijos hayan muerto en el terremoto para no tener que repartir su dinero con ellos; pero inmediatamente vuelve a surgir en él la duda, producto del tormento anunciado.

Sin embargo vacilo, no sé qué hacerme: despegar mis afectos del oro que con tanto trabajo he adquirido sería para mí tan doloroso como arrancarme del pecho a pedazos el corazón; continuar en la misma clase de vida que tengo, sería entregarme desde ahora a la voracidad del remordimiento y a los asaltos de un justo temor.

Al terminar estas palabras cayó como herido de un rayo, y con la frente en el suelo lloró amargamente.⁴⁹

En el anciano hay temor al futuro, pero no afán de corregir su forma de actuar y pensar. En él no existe un propósito moral y menos la convicción de querer cambiar de vida. Sus emociones, a pesar del terror que le ha inspirado la aparición, son calculadas. Habría asesinado a su familia para no compartir con ellos sus tesoros, del mismo modo que se habría ido gustosamente al infierno de haber podido lograr su deseo de poseer con él eternamente su oro y su dinero. Su ego está centrado en sí mismo, no existe nada fuera de él.

La decisión de abandonar la posesión del dinero, que se ha convertido en su razón de vivir, es imposible para él. La lucha para detener la imposibilidad del futuro y para controlar el tiempo y reducir el componente azaroso del porvenir es quimérica; de ese modo, tiene clara conciencia de que lo que está en juego es enorme y la toma de decisión, por un lado, o de aceptación, por el otro, es inevitable. Se le pide que haga un pacto, bien con el diablo, bien con Dios. Contrato que es un vínculo con la vida o una sujeción total a la muerte. Por el lado que decida, es un pacto instantáneo e inmutable que va encadenado al tiempo que ya no es humano y escapa de su voluntad. El

49. *Ibid.*, 30.

uno le pide abandonar lo que ama (los tesoros) y vivir eternamente al arrepentirse; el otro le impide llevarlos consigo, pero además le anuncia un sufrimiento eterno. Con ambos pierde todo lo que ha trabajado y atesorado. Está encerrado en la inmutabilidad de los términos e imposibilitado de atravesar el tiempo, en cualquier dirección, sin ser afectado en la vida que ha establecido y que desea mantener.

La concepción religiosa presente en el zenbudismo y en el cristianismo de prestar atención, concentrándose en las necesidades e intereses de todos, y especialmente de los más necesitados, exige autocontrol, disciplina y descentramiento de uno mismo. Esto impide la avaricia y la distracción colectiva de las sociedades modernas, ya que uno de sus efectos es el enfocarse en el dinero. Esto es lo que explicita la narración en estas escenas, proyectando una función fundamental para la actitud moral básica, que requiere una vida responsable socialmente.

Mientras tanto, el narrador, habiendo querido descubrir el misterio que guardaba el anciano, se encontró como testigo de todo lo anterior; así: “Lleno de confusión y terror abandon[ó] en este estado aquel terrible sitio y fu[é] a pasar el resto de la noche en la choza del dominico, a quien hall[ó] durmiendo el tranquilo sueño de los justos”.⁵⁰ A través de la mirada había observado cuán bajo podía llegar la miseria humana y cuán profundo y oscuro podía ser el destino escogido por el hombre. Así, el narrador, al indagar sobre qué era lo que componía el misterio, había encontrado lo terriblemente siniestro, que era la muerte infinita y la imposibilidad de conciliación o de retroceso cuando las pasiones han arrastrado tan profundamente al ser humano. Había visto no solo la muerte de las esperanzas sino el espectro en el que la vida se convertía ante el dominio de la oscuridad eterna; había llegado a ver la espeluznante visión diabólica que con eficacia ganaba terreno ante la debilidad humana. Con todos estos hechos, en el narrador se había completado el ciclo de lo siniestro; de ahí que, el desconcierto y el terror se hubieran apoderado de él. La situación le creó una serie de reacciones que asoció con el concepto de religiosidad propio y el que impera socialmente. Afortunadamente para él, siente alivio y la calma regresa cuando al volver a la vivienda derruida del fraile lo encuentra tranquilo y descansando. Posteriormente, el narrador debe retornar al lugar de donde había llegado.

50. *Ibid.*, p. 30.

La historia cierra cuando el narrador recibe una carta del fraile escrita ocho días después, donde le informa que el día de su partida el anciano había enloquecido porque una banda de forajidos le había robado sus tesoros y lo había dejado maniatado. Su estado era tal, que vagaba desvariando por el lugar con la ropa destrozada y recogiendo cuanta piedrecilla y guijarro veía, creyendo que eran parte de sus tesoros que los ladrones habían dejado caer. En ese lamentable estado, el niño a quien él le había negado ayuda, al compartir con él las limosnas que recogía, era el que le proporcionaba un poco de sustento. Casi al terminar la misiva, el fraile le informa que el anciano acababa de morir: “con los ojos abiertos y los puños cerrados”,⁵¹ y su tumba permanece abandonada.

Al ser controlado por el pecado de la codicia, y no poder dejar el camino que había tomado, el anciano debe recibir un castigo ejemplar, que sirva como lección para los receptores de lo relatado. Pierde todo: el dinero, la salud, la cordura y la vida; y el final perpetuo que le había causado terror fue su presente eterno e ineludible.

De esta manera, el mensaje ético que se transmite guía hacia formas de vida solidaria, de respeto y de mutuo reconocimiento e igualdad; además de la defensa de los vulnerados y débiles. De ahí que el niño le haya profetizado el final que iba a sufrir; pero, a su vez, en la postrera parte de la vida del anciano fuera el único que lo había ayudado. Mediante los signos proféticos y las pequeñas acciones y ejemplos realizados por el niño, se explicita la función simbólica de la ideología religiosa que divulga lo relatado.

La fuerza de representación de las escenas crudas y violentas, cargadas de tremendismo, que se presentan en la narración, muestra la manera en que la narrativa va evolucionando en Ecuador. En esta novela existe un avance del realismo descarnado a un comienzo de naturalismo abierto; situación que indica una voluntad de romper los moldes y las convenciones de la literatura tradicional. Las desnudas y nauseabundas escenas destacadas están representadas con un vigor impresionante y con muchos detalles que sirven para producir la persuasión narrativa sobre lo relatado.

Del mismo modo, utilizar lo sobrenatural como estrategia narrativa responde a circunstancias culturales específicas, que destacan aspectos de la mentalidad colectiva. Este rompimiento con lo real produce lo fantástico, abundante

51. *Ibid.*, p. 32.

en la oralidad de la época en los relatos de aparecidos y fantasmas que solían contarse para entretener, educar, moralizar, asustar, etc., y que formaban parte del acervo de tradiciones de la época. Pero, a la vez, esta narración enlaza tanto con la novela gótica inglesa del siglo XVIII, como con el cuento fantástico prevalente en la primera mitad del siglo XIX en Francia y Alemania, que tiene como base la relación entre la realidad y la interioridad del ser humano.

El cambio de tipos narrativos dentro de la historia que se relata: novela histórica-novela psicológica, novela fantástica-novela ética muestra la forma en que las literaturas europeas eran asimiladas, adaptadas e innovadas durante el siglo XIX en la narrativa ecuatoriana; pero también la manera en que la novela era un vehículo de difusión ideológica. Así, se puede concluir que la novela es una forma de comunicación dentro de la sociedad que además de dejar memoria de los sucesos históricos ocurridos, funcionando como un “mecanismo de circulación de la información”, reemplaza al sermón, convirtiéndose en una forma de literatura religiosa para la edificación moral que está destinada a influir sobre las formas de sociabilidad y de sensibilidad colectivas y que muy posiblemente contaría con un apoyo en la distribución que sería la transmisión oral del contenido.

La función de este tipo de novelas en la sociedad ecuatoriana del siglo XIX era la de ser agentes para la educación ética del lector, quien debía deducir la enseñanza mediante el acto de lectura. El mensaje emitido funcionaba como una forma de teoría moral, puesto que la reflexión ética que se ofrecía en la novela no era menos válida por hallarse imbricada en la ficción y proporcionaba un entendimiento moral al lector, quien, mediante estrategias narrativas, se convertía en el elemento crucial de la comprensión de la influencia de la novela como un discurso moral.

La literatura representa códigos morales que pueden funcionar como una forma de teoría moral. La más profunda diferencia entre leer una novela por su valor ético y percibir una novela como ética es el compromiso hermenéutico con el lector. De esta manera, la ficción cuenta una historia y, en cierto nivel, la historia se vuelve parte de la realidad gracias a la capacidad de la ficción, de proporcionar formas específicas de imaginar cómo los aspectos morales del comportamiento humano se pueden vincular con el bienestar o con la desdicha y la manera en que estas conductas se relacionan con la sociedad. ☞

Fecha de recepción: 10 enero 2011
Fecha de aceptación: 30 marzo 2011

Bibliografía

- Álvarez Barrientos, Joaquín, *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Ediciones Júcar, 1991.
- Avilés Pino, Efrén, “Francisco Javier Salazar”, en *Diccionario del Ecuador*, Guayaquil, FILANBANCO, [s.f.], <http://www.mmrree.gov.ec/mre/documentos/ministerio/cancilleres/francisco%20salazar.htm>
- Ayala Mora, Enrique, “Gabriel García Moreno y la gestación del Estado nacional en el Ecuador”, en *Crítica y Utopía. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, No. 5, Buenos Aires, septiembre, 1981, pp. 1-16, <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/critica/nro5/AYALA.pdf>
- “La relación Iglesia-Estado en el Ecuador del siglo XIX”, en Jorge Núñez S., comp., *Antología de Historia*, Quito, FLACSO, 2000, pp. 65-94.
- Certeau, Michel de, *The Writing of History*, trad. Tom Conley, New York, Columbia University Press, 1988.
- Checa Beltrán, José, *Razones de buen gusto*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1998.
- Chevalier, Jean, y Alain Gheerbrant, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Herder, 1988.
- Cirlot, Juan Eduardo, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Siruela, 1997.
- Ferraras, Juan Ignacio, *Los orígenes de la novela decimonónica (1800-1830)*, Madrid, Taurus, 1973.
- Ferrater Mora, José, *Diccionario de filosofía*, tomo I (A-K), Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1965, 5a. ed.
- Freud, Sigmund, “Lo siniestro”, en *Obras completas*, III, trad. Luis López Ballesteros y de Torres, Madrid, Biblioteca Nueva, 1996.
- García Gual, Carlos, “Relaciones entre la novela corta y la novella en la literatura griega y latina”, en *Faventia: Revista de Filología Clásica* 1, Fasc. 2, 1979, pp. 135-154.
- Gerald, Genette, *Figuras III*, Paris, Editions du Seuil, 1972, trad. Carlos Manzano, Barcelona, Lumen, 1989.
- Gómez Caffarena, José, “Religión y ética”, en *Isegoría* [Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC)], No. 15, 1997, pp. 227-269.
- González Alcázar, Felipe, “Teorías sobre la novela en los preceptistas españoles del siglo XIX”, en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, No. 23, 2005, pp. 109-124.
- Hassaurek, Friedrich, *Four Years Among Spanish-Americans*, London, Sampson Low, Son, and Marston-Hurd and Houghton, 1868.
- Karras, Valerie A., “Overcoming Greed: An Eastern Christian Perspective”, en *Buddhist-Christian Studies*, vol. 24, 2004, pp. 47-53.
- Kolberg, Joseph, *Hacia el Ecuador. Relatos de viaje*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador/Ediciones Abya-Yala, 1996.
- Mestre, Alberto, “Robert Spaemann: ética de la responsabilidad cristiana”, en *Ecclesia* XXI, No. 3, 2007, pp. 371-385.

- Pallares P., Vicente, y J. Trajano Mera, *La Revista Ecuatoriana*, vol. III, Quito, Imprenta de la Universidad, 1891.
- Pérez-Rioja, J. A., *Diccionario de símbolos y mitos*, Madrid, Editorial Tecnos, 1997.
- Puga, Miguel A., “Francisco Javier Salazar”, en *La gente ilustre de Quito*, Quito, Delta/Sociedad de Amigos de la Genealogía, 1994.
- Ramírez, Jesús Emilio, *Historia de los terremotos en Colombia*, Bogotá, Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Subdirección de Investigaciones y Divulgación Geográfica, 1975, 2a. ed.
- Riofrío, Miguel, *La emancipada* (edición de Flor María Rodríguez-Arenas), Doral, Florida, Stockcero, 2009, segunda edición crítica revisada y aumentada.
- Rodríguez-Arenas, Flor María, “Representación y escritura: el realismo en *La emancipada* de Miguel Riofrío (1863)”, en Miguel Riofrío, *La emancipada*.
- Salazar, Francisco Javier, *El hombre de las ruinas, leyenda fundada en sucesos verdaderos acaecidos en el terremoto de 1868*, Quito, Imprenta de “El Debate”, 1869; 2a. ed.: Lima, Imprenta Torres, 1889.